

PANTIN, YOLANDA. (2007). *País*. Caracas: Fundación Bigott.

Las palabras nos sirven para definir el espacio que nos rodea. El léxico que manejamos nos otorga una identidad en un contexto global. Intentar establecer una nación desde los límites de la palabra —en vez de los geográficos— es un desafío para un poeta. El reto consiste en encontrar el significado justo en una cadencia que permita revelar una sociedad mestiza como la nuestra. Somos producto de la conquista y sus esclavos: herederos de migrantes, voluntarios o no, que arribaron a estas tierras por circunstancias ajenas a sus intenciones.

Existen precedentes reconocidos en la literatura latinoamericana de poetas que se dieron a la tarea de describir su territorio, por ejemplo, José Martí en Cuba o Andrés Bello en Venezuela. Siguiendo esta tradición, Yolanda Pantin construye su *País* (2007), un poemario que erige una nación a partir de la idea del migrante, de una patria que se conforma por el desplazamiento de sus habitantes, ocupando así un territorio vasto.

El conjunto está compuesto por siete apartados numerados y “algunas notas” que sirven de aclaratoria final, donde la poeta menciona hechos que la inspiraron para la escritura. Asimismo, esta sección sirve de agradecimiento a otros autores que la llevaron a repensar o concebir una situación desde una experiencia alterna. De este modo, observamos cómo el cuerpo de palabras se alimenta de otras voces que procuran una polifonía perceptiva.

“Beausejour” (p. 11) es el poema que abre el volumen y que representa un choque cultural y lingüístico. Nos ubica en Martinica, y aunque la voz poética no participe en este punto geográfico, nos señala una localidad que le es afín. A partir de allí le siguen versos en francés que marcan un desencuentro con el lector y con la lengua natural de la autora. Las estrofas —que en realidad pertenecen a una reseña— introducen una interrogante presente en todo el poemario: ¿de qué trata el país que propone la voz poética? La migración, la memoria, la herencia, el cúmulo de ideas que permiten finalmente asentar y reconocer un lugar como propio, de eso trata este *País*.

Bajo tales tópicos se construyen los pilares de ese territorio, un lugar al que llegaron los colonizadores trayendo consigo gente desarraigada de sus tierras que venían con sentimientos encontrados, como el odio y la esperanza. En la primera parte del poemario trasluce la violencia: pasa de verse como algo ajeno a ser parte de nuestra idiosincrasia. La estructura discursiva marca una diferencia en el lenguaje: “ellos”, “nosotros”, “sus” son pronombres que asientan

el distanciamiento respecto a aquellos hombres que llegaron a la conquista de una nueva tierra, cuyo proceso de transformación recayó en sus hijos. Son los descendientes quienes cargan con el proceso de conquistar el espacio, la promesa de ser libres exige a cambio la vida de sus compatriotas. Una psiquis colonial que se enorgullece de su libertad, a pesar del precio pagado para usar el adjetivo “nuestro” en este territorio.

El apartado dos del libro de Pantin comienza con el poema “Odisea” (p. 23), título con el que evoca la tradición del errante, del odiado y del desterrado. La figura masculina predomina en esta sección, desde el abuelo hasta los fantasmas de la Historia. Los primeros siete poemas rememoran las imágenes de estos señores que reconstruyen un sentimiento colectivo de la patria.

El giro comienza con la visita a las “*fundaciones*” (p. 35). Empieza a hacerse nítida la figura femenina que complementa la imagen del recuerdo. Allí encontramos la casa materna, irreconocible, un lugar que se ha perdido entre el paisaje. La voz poética y la madre vuelven sobre sus pasos, se encierran en el corredor a ver pasar las horas y, con ellas, los recuerdos de un lugar que se presagiaba perdido. A ello le sigue una “Resaca” (p. 37) que evidencia cierta culpabilidad ante la falta de empatía que demostró la poeta en su juventud por sus antepasados. La asociación de palabras no es gratuita: la resaca se muestra como un símbolo de la juventud, de las decisiones tomadas sin conciencia, del momento en que el futuro nos parece una palabra pequeña para los grandes planes. Estos arrebatos de conciencia se entrecruzan con palabras como “exilio” (p. 40), un signo evidente del movimiento y de la transformación. El apartado tercero hace énfasis en el tránsito: la búsqueda de un lugar donde asentarse, un ir y venir que empieza a demostrar su madurez al reconocer paisajes, señales, sentimientos que auguran el porvenir de la familia-nación.

Hay que destacar que, en muchos casos, la migración no se produce solo hacia el exterior de la nación, también encontramos movimientos internos en el territorio. En ese sentido, es necesario que la voz poética agrupe pequeñas postales en las que reconoce su geografía interna. Debe procesar desde el interior de su cuerpo los parámetros que le permiten contemplarse en un mundo globalizado, debe reconocerse desde un desplazamiento histórico y contemporáneo. Por ello, la imagen de ciertos lugares empieza a distorsionarse en la memoria, pues se ven signados por algún hecho perteneciente a la conciencia histórica o intervenida por la ética del intelectual.

“Paisaje” (p. 65) es el texto que inicia el cuarto apartado y que define este conjunto. Aquí los poemas reconstruyen al país desde su topografía, la descripción de lugares geográficos sirve para contrastar el ambiente del campo con el de la ciudad. Es un recorrido que pone en evidencia las modificaciones geológicas que han sido el resultado de un proceso metonímico; verbigracia, el Samán de Güere. Esta es una referencia que en la memoria colectiva no solo remite a la botánica sino también representa una carga política producto de un evento histórico que causó una herida. Comprendemos entonces que la naturaleza es violentada por los hechos políticos y estos últimos transforman el panorama: el verdor de los campos es asimilado por el de un uniforme que se apropió del territorio. Desde esa perspectiva lo natural adquiere otro significado, el clima político influye en la percepción del entorno y va transformando el mapa de Venezuela.

La ruta trazada en el apartado anterior abre el camino para el siguiente bloque. En este sentido, encontramos en el poema “Deslave” (p. 94) un panorama desolador. Después de la vaguada de 1999, la costa se transforma en un arenal compuesto por escombros, piedras y los diversos desechos que la lluvia trajo consigo. Esta es la tierra donde el mar calará, modificando la sustancia y los límites de la franja costera. De este modo, el cuerpo se transforma, es un bloque de arcilla que se deforma con el paisaje en el proceso de su corporeidad. Durante ese tránsito el cuerpo adopta violentas formas de actuar, se revela y crece mientras la barbarie toma posesión del recinto. Observamos cómo la ciudad forma parte de ese estado pues lo induce a vivir en un ámbito caótico que descoloca a la voz, coopera con su angustia y con la tensión de vivir al margen de un comportamiento cívico. Al parecer sólo en el mar es donde el cuerpo encuentra, por instantes, la calma; sin embargo, cuando el mar se agita, revive el dolor y el vacío. La esperanza renace en los momentos de breve sosiego que se repiten durante el ciclo marino.

Hasta este punto se observa cómo la voz poética instaaura las bases no solo para erigir una nación sino también para que esta se muestre como un cuerpo con memoria y conciencia: mediante pequeños guiños la autora nos muestra que esa nación adquirió forma humana. Se presenta como una figura femenina, una madre que abraza a sus hijos y llora por ellos mientras estos se marchan a otros rumbos, llevándose parte de ella. Los miembros de esta familia ya no vuelven sino por medio de la memoria; justo en este punto se encuentra el pasado y el presente, comparten el mismo espacio. Los fantasmas de los antecesores se

encuentran con el recuerdo del que ha partido a otras tierras; ambos conviven dentro de la memoria de esta mujer que no puede deslastrarse de la herencia del migrante.

Cabe señalar que durante la lectura del poemario encontramos versos que nos indican que la voz y el cuerpo han pasado por un desarraigo interno y externo, lo que demuestra que no es necesario salir del país para sentirse exiliado. Quizás, el término más apropiado es el de extrañamiento: éste nos da la primera perspectiva de distancia ante aquello que, en principio, reconocimos como nuestro, como parte de nuestra identidad y que se ha perdido. Esto no corresponde a la memoria del habitante sino a la transformación del territorio.

Al final del libro observamos cómo los poemas desconocen el paisaje. Se evidencia una impresión de orfandad, que irrumpe en la voz poética cuando deja de sentirse identificada con sus conciudadanos. De allí la comparación que realiza con la expulsión del Paraíso de Adán y Eva. Esa sensación nos va trasladando a un espacio exterior: empezamos a delimitar la frontera de este país a partir del discurso liminal del último apartado. Las imágenes corresponden a una mirada familiar pero ajena, un intersticio que, una vez más, reúne dos tiempos en un solo cuerpo. Es como la línea de un espiral que pasa por el mismo punto, pero apartada del comienzo, porque ya tiene una perspectiva distinta. Volvemos al inicio, pero esta vez, con la experiencia de haber revivido una historia que se teje entre lo colectivo y lo personal.

Llegado a este punto, el cuerpo-nación es consciente de su entorno y de sí mismo, luego de haber rendido “tributo a la paciencia, / a la memoria, / y a los tiempos mejores” (p. 163). Es este el territorio que se construye con palabras, el país que surge del lenguaje que se descubre en su proceso de formación personal. Es el auto retrato que de un poeta como habitante de una ciudad y la definición de aquello que para Yolanda Pantún significa ser venezolana. Recordando a Octavio Paz, podemos asegurar que más que traer nuestra reconciliación con el mundo, *País* (2007) es una metáfora de nuestras experiencias.

Mayra Salazar
Universidad Central de Venezuela
gams138@gmail.com